

Capítulo 51 - La Batalla del Vampiro - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 51 - La Batalla del Vampiro - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 51 - La Batalla del Vampiro - La Balada de un Dragón Semibenevolente

"¿Matarlo?" exclamó Faustina con incredulidad. "¿Crees que podemos matarlo? Porque, a menos que esté equivocada con las cifras, esa cosa asesinó a siete ancianos en cuestión de minutos. Contando a Claudio, somos doce. No sé tú, pero esas no parecen buenas probabilidades para mí." Marcus miró alrededor de la mesa. Podía escuchar y ver los signos de acuerdo en los rostros y expresiones. Sus puños se apretaron. Habría sido fácil llamarla cobarde, pero al menos ella tenía la excusa de ser pésima en combate. Era una brillante alquimista e investigadora, pero la batalla nunca había sido su fuerte. Sin embargo, incluso los ancianos, que supuestamente estaban especializados en combate, estaban de acuerdo con ella. Cobardía. Era uno de los pecados fundamentales de la especie vampírica, junto con la traición y la avaricia. A lo largo de su historia, la cobardía les había costado mucho. Les costó una tierra natal, pero él se negaba a que le costara otra. "¿Entonces quieres huir?" preguntó Marcus. "Podríamos," dijo Aurora. "Sería lo más sensato." Como maga, estaba acostumbrada a calcular las probabilidades de victoria, a mantenerse al margen y a hacer evaluaciones tranquilas y racionales sobre si luchar valdría la pena o no. "Tiene razón Faustina. Esa cosa destruyó a siete ancianos en minutos. Nosotros duraremos más porque somos el doble, pero resulta difícil vernos ganando." "¿Por qué no llamas a ese dragón amigo tuyo?" sugirió Janus. "Él podría acabar con esto por nosotros." Todos asintieron en la mesa, y Marcus sintió cómo le ardía la sangre. Quizá había pasado demasiado tiempo entre dragones y humanos. "Cobardes," gruñó. "Todos ustedes son unos cobardes." "No es cobardía huir de una pelea que no puedes ganar," replicó Claudio. "Ni buscar ayuda contra un adversario más fuerte." Marcus negó con la cabeza. "¿No lo ves?" Su mirada recorrió toda la mesa. "No todos son lo suficientemente viejos para recordar, pero yo estuve allí cuando todavía teníamos una tierra natal. Estuve allí cuando mi padre eliminó a los otros miembros del Consejo de los Cinco, y también cuando se volvió contra sus propios seguidores y los exterminó. ¿Sabes qué hicieron todos los supervivientes después?" Silencio. "Se escondieron. Corrieron y se ocultaron. Algunos hablaron de venganza, pero ninguno de verdad la tuvo. Ninguno tuvo el valor de planear en serio contra él. Lo intenté. De verdad, intenté. Me acerqué a cada vampiro que encontraba que pudiera estar dispuesto, pero ninguno tuvo el coraje de unirse a mí. Incluso cuando mi padre se perdió completamente y se convirtió en la Cuarta Catástrofe, ninguno quiso luchar contra él. Aunque su locura consumió nuestra tierra, todos los demás simplemente huyeron y se ocultaron. Por eso busqué ayuda en los dragones. Les costó entender qué tan peligrosa era mi padre, pero cuando comprendieron, no huyeron. No se ocultaron. ¡Lucharon!" "Quizá habrían ganado," dijo Brutus. "Pero les costó la vida. Los dragones murieron enfrentando a tu padre. ¿Qué oportunidad tendríamos nosotros?" Brutus era mayor que Marcus y uno de los pocos ancianos que podía trazar

su descendencia hasta otro miembro del Consejo de los Cinco. El padre de Marcus había sido meticuloso en eliminar a sus seguidores. "Luchar no nos habría servido de nada." "¡No luchar nos costó todo!" replicó Marcus. "Piensa en lo que podríamos haber logrado si los supervivientes hubieran enfrentado a mi padre juntos. Al menos, podríamos haberlo retardado o tenido una advertencia temprana para los dragones. Pero cuando finalmente los dragones lucharon contra él, sus poderes habían crecido inmensos y peligrosos. ¡Tuvimos que destruir nuestra tierra natal para detenerlo!" "Eso lo hizo tu 'amigo'," siseó Brutus. "Fue o nuestra tierra natal o el mundo," dijo Marcus. "Y yo propuse que lo hiciera. Pero nunca habría llegado tan lejos si tantos de nosotros no hubieran sido cobardes." Se desplomó en su silla. "Estoy cansado. ¿No tú también? He vagado tanto tiempo, buscando un hogar que nunca encontraré. Pero ahora... después de todas estas eras, tenemos una segunda oportunidad, un nuevo hogar. ¿Sabes qué tan rara es esa oportunidad? ¿Lo absurdo que es nuestra suerte de tener un velo umbral al alcance? Si huimos ahora, ¿a dónde iremos?" Brutus se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre su pecho ancho. "Eres lo suficientemente viejo para recordar los cinco grandes tribunales," dijo Marcus, mientras tejía una ilusión en torno a la habitación. Era una visión tomada de sus recuerdos, que mostraba la decadencia, opulencia y gloria de los cinco grandes territorios del hogar vampírico. "Pero míranos ahora. Somos los más grandes de nuestro linaje, y esto es lo que llamamos justicia entre nosotros." Fijó a cada uno con su mirada penetrante. "El Consejo de los Cinco fue profundamente imperfecto, y eran malvados, pero tenían muchas razones para estar orgullosos – y nosotros también. Éramos gloriosos entonces, una nación, no solo en palabras, sino en hechos y en verdad. Ahora, todo lo que podemos ofrecer son sombras de lo pasado y historias que apenas recordamos. Recuerdo cuando no teníamos que preocuparnos por nuestros recién llegados quemándose al sol. Recuerdo cuando los vampiros ancianos caminaban durante el día. Este lugar, aquí y ahora, es nuestra oportunidad de volver a tener eso. ¿Y aún quieres que huyamos?" Miraron hacia otro lado, y los puños de Marcus se apretaron de nuevo. Aún podía recordar la expresión de solemnidad en el rostro de Elerion antes de que salieran a enfrentarse a Kagami. Sabía que moriría luchando contra ella. Lo sabía, pero aún así fue. ¿Por qué? Porque era necesario, porque no podría vivir consigo mismo si optaba por esconderse mientras otros luchaban y morían en su nombre y por su nación. ¡Ojalá los vampiros pudieran tener esa misma valentía! "No voy a huir," afirmó Marcus. "He huido suficiente. No más. Si el norte ha de ser mi hogar y mi reino, no puedo escapar. Debo defenderlo—con mi vida si fuera preciso." Hizo una pausa, y su mirada se volvió más dura. "Tampoco llamaré a un dragón en mi ayuda. ¿Por qué debería? ¿Qué clase de rey sería si tuviera que recurrir a mi amigo cada vez que algo sucede? ¿Quién respetaría a un rey así? No. La culpa de esta locura la tienen los vampiros, y por eso toca a los vampiros enfrentarse a ella." Su expresión suavizó. "¿De qué sirve vivir tantos años si dedicamos toda nuestra existencia a huir cuando las cosas se ponen difíciles? Si no podemos mantenernos firmes cuando nuestra nueva tierra natal está en juego, ¿cuándo podremos? Huir... huir es fácil. Y se vuelve más fácil cada vez que lo hacemos hasta que, al final, solo podemos correr y correr sin parar. Luchar... luchar es duro y da miedo. No me importa cuántos años tengas. Siempre será así. Pero hay momentos en los que se huye y momentos en los que se lucha. Te digo, aquí y ahora, que es momento de luchar." Faustina tragó con dificultad. "¿De verdad? ¿Crees que podemos ganar?" Marcus mostró los dientes. "Me han llamado tonto antes, pero nunca han dicho que soy suicida. No digo que será fácil, pero creo que podemos ganar—y sin que ninguno de nosotros muera en el proceso." "¿Y qué te hace pensar eso?" gruñó Brutus. El otro vampiro era aún más alto que Marcus y de complexión similar a un oso. Esperaba que las palabras de Marcus hubieran logrado avivar su espíritu guerrero. "Primero y principal, sabemos con qué nos enfrentamos." Marcus asintió a Claudio. "Claudio y sus compañeros

no lo sabían, y eso les costó caro. Uno de ellos murió sin siquiera entender qué pasaba. Otros dos murieron mientras intentaban retirarse y ganar distancia. Y otros dos dudaron y murieron. Los dos restantes fueron superados, pero que Claudio esté vivo significa que al menos lo hicieron mejor que los demás. En una pelea, la información y la iniciativa son clave. Claudio y sus compañeros no tenían ninguna de las dos, pero nosotros sí." "Eso dices," susurró Aurora. "Pero las palabras son viento. ¿Cuál es tu plan?" Los ojos de Marcus brillaron. "Un ataque total. Contamos con poderosos magos y uno de los mejores alquimistas del mundo. También tenemos varios guerreros altamente preparados. Esto funciona principalmente por instinto. La criatura no usará tácticas o estrategias avanzadas. Nos verá, y hará lo posible por desgarrarnos. Por eso, le golpearemos fuerte desde el principio. Con la magia más poderosa que podamos reunir. Y mantendremos la posición atacándola con más magia y con las atrocidades que Faustina pueda preparar." "Tu plan resulta demasiado simple," murmuró Claudio. "Pero... quizás lo simple sea lo mejor." Frunció el ceño, mirando el brazo que había vuelto a crecer. "Los demás... eran buena gente. Murieron para que yo pudiera vivir. Y aún así... deseo vengarlos. Los conocí durante siglos. Conté varios de ellos como amigos. Dejar esa criatura sin enfrentar... duele." Brutus rio entre dientes. "He estado buscando un oponente digno. No puedo pensar en muchos más dignos que la criatura a la que enfrentaremos." Janus hizo una mueca. "Puede que también haya estado guardando algo para ti..." "¿Oh?" Marcus levantó una ceja. "¿Y qué quieres decir con eso?" "¿Sabes cómo mi teleportación tarda en activarse?" dijo Janus. "Bueno... hay una forma de acelerar ese proceso. Solo funcionará una vez al día por cada persona, pero podré sacarte de la batalla en un instante y traerte a mi ubicación." Los ojos de Marcus se abrieron de par en plus. "Eso básicamente nos daría a todos una segunda oportunidad en la pelea." Janus asintió. "Sí. Lo había sabido mantener en secreto porque, ya sabes, todos tenemos secretos, pero si vamos a luchar contra esa cosa, ya no puedo esconderlo más, ¿verdad?" Marcus sonrió. "Eso es, espíritu." Golpeó la mesa con el puño. "Podemos ganar. Si luchamos juntos contra esto, venceremos—y todos volveremos a casa sanos y salvos. Pero no podemos mostrarnos cobardes. Debemos usar todo lo que tenemos." Respiró profundamente. "Tienen una hora para prepararse. Si tienen tesoros sin usar, habilidades ocultas o magia guardada para emergencias, ese es el momento."

Marcus se dirigió directamente a sus cámaras para prepararse. Aunque quizás no podía cargar tanto equipo como Doomwing, disponía de hechizos de almacenamiento y diversos tipos de recipientes mágicos. Y aunque había intentado usar la menor cantidad posible de equipo adicional para causar una mejor impresión en sus seguidores —nadie apreciaba a alguien que confiaba únicamente en sus armas y equipo para luchar—, ahora no era momento de recatarse. Lo primero que sacó de almacenamiento fue un set ornamentado de armadura de placas negra. Su aspecto impecable era un testimonio de su calidad, pues había pasado siglos sumergida en el agua. Había pertenecido a un enemigo de su padre, quien había decidido que matarlo habría sido demasiado fácil. En su lugar, lo había atrapado en la armadura, desactivado sus habilidades, y luego lo había paralizado con magia antes de arrojarlo al mar. El enemigo de su padre se había hundido hasta el fondo del océano. Allí, atrapado por la magia y el peso insoportable del agua, había muerto de hambre lentamente. Como era un antiguo, la inanición habría leado siglos —siglos solos en la fría oscuridad del lecho marino. Marcus lo encontró finalmente con la ayuda de unas merfolk generosamente pagadas. El otro vampiro ya estaba muerto, pero la armadura permanecía intacta. Marcus eliminó el cuerpo siguiendo las tradiciones vampíricas y reclamó la armadura, liberando la magia que su padre había usado para desactivar sus poderes. Lamentablemente, no había contado con cuán profundo era el vínculo entre la armadura y su antiguo dueño. Para decirlo claramente, la

armadura estaba embrujada. No era el espíritu del portador anterior, sino un eco, una especie de resonancia espiritual que atormentaba a quien la vestía, sometiéndolo a la locura y las alucinaciones de su anterior propietario. Y en los largos siglos de hambre lenta, habido mucha locura y desvaríos. Sin embargo, la armadura valía la pena. Era una armadura umbral —que permitía al portador usar un poderoso mago de sombras. Muy, muy pocos podían fabricar una armadura así en la actualidad, y muy pocos tenían los materiales necesarios. Marcus, desde luego, no. A pesar de estar embrujada, la armadura mantenía su capacidad de adaptarse a nuevos usuarios, por lo que no tenía que preocuparse por ajustarla, aunque ningún enano se acercaría a cien yardas de ella sin perder la cabeza. Cuando empezó a colocarse la armadura, Faustina entró apresuradamente en la habitación. No golpeó la puerta, y él pudo sentir su ira sin siquiera mirarla. —Una charla bonita no nos salvará de esa cosa, —dijo Faustina—. Aunque hayas logrado convencer a los demás, yo te conozco. Siempre has sido bueno en dar discursos inspiradores. Es una de tus pocas virtudes. —Si estás aquí para regañarme, ayúdame a ponérmela, —respondió Marcus, entregándole las piezas de la armadura. —Espera... ¿está embrujada? —Faustina lanzó un hechizo. —¡Claro que sí! ¡Vas a llevar armadura embrujada a la batalla! ¿Estás loco? —Es armadura umbral, y solo está un poco embrujada. —Marcus se colocó el casco. Ya podía oír la voz del dueño anterior maldiciéndolo como el hijo de su asesino. Sin embargo, nada que no hubiera escuchado antes. —Faustina, dije lo que dije. Si la atacamos con todo lo que tenemos, creo que podemos vencerla. Esto solo se fortalecerá cuanto más la dejemos en paz. Es su estado más débil, hay que atacarla ahora. —Se giró hacia ella. —Contaré contigo. Trae toda la magia, pociones y piezas que tengas para luchar contra antiguos vampiros. Todo. —Maldita sea, —bufó Faustina—. Realmente no me dejas muchas opciones. —Suspiró Marcus—. No tenemos muchas opciones, en realidad. Pero si las cosas van mal, ordenaré la retirada, y seré yo quien cubra la fuga. Eso es lo mínimo que puedo hacer. —Dejó una mano en su mejilla—. No te voy a poner en la línea de frente. Ambos sabemos que eres terrible luchando. Pero tu apoyo será esencial. No puedo hacer esto solo. —Los labios de Faustina se contrajeron y apartó su mano. —Si muero, te perseguiré por siempre. Espero que lo sepas. —No esperaré menos. —Marcus tomó una decena de daga de obsidiana—. Ahora, recoge lo que necesites, y no olvides traer bastante sangre. Seguro que la vamos a necesitar.

Marcus guió a los demás entre la ventisca que azotaba la nieve. Se movían con la rapidez que solo los antiguos podían tener, su presencia oculta por magia, dirigiéndose hacia el campamento de Aloysius. Se detuvieron en una colina con vista al campamento, y Marcus hizo un gesto para que Quintus empezara su trabajo. El vampiro con gafas asintió y lanzó un hechizo de detección sutil pero potente, que cubrió toda la zona. Aloysius podría haberlo detectado si estuviera en su sano juicio, pero el monstruo en el que se había convertido difícilmente notaría nada si no fuera un ataque directo. —Es grande, —dijo Quintus—. No puedes verlo entre toda la nieve, pero debe medir al menos treinta pies de alto, quizás un poco más. Marcus asintió con semblante grave. —Todos en el campamento probablemente han sido convertidos en cascarones infectados bajo su control o en carne adicional para su cuerpo. —Los demás soltaron un gesto de incomodidad ante la idea. —¿Cuántos infectados? —preguntó Marcus. La nieve aquí era espesa y cargada de magia. Incluso para un vampiro, verlo todo sin usar magia no era fácil. —Al menos un centenar. —Quintus hizo una pausa—. ¿Tenemos que preocuparnos si se alejan? —Si lo matamos, ellos también morirán. No son vampiros de verdad. Una tormenta de nieve como esta probablemente los matará también, por eso no hemos visto a ninguno por ahí. Es probable que el monstruo espere a que pase la tormenta antes de enviarlos a su suerte. —Marcus dijo con una sonrisa amargada—. Y antes de que preguntes, no es muy inteligente. Eso sería algo que probablemente aprendió con prueba y error.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aurora—. Ella tenía el ataque más poderoso de todos. —Ahora, nos dividimos. —Marcus hizo un gesto hacia Brutus, Felix y Julian—. Los cuatro somos los mejores en combate cuerpo a cuerpo. Una vez que comencemos el ataque, iremos enredando y manteniéndolo ocupado. Nuestro objetivo no es necesariamente matarlo, sino evitar que vaya tras nuestros magos y el apoyo a distancia que hará la mayor parte del daño. No hace falta que diga que debemos estar atentos. Es grande, fuerte y rápido. Esquiven los ataques siempre que puedan. No entres en un concurso de fuerza, porque vas a perder. —Asintió a los demás—. Aurora y Vespera, ustedes dos en esa colina. Cuando dé la señal, dispárense con el hechizo más poderoso que tengan. Eso al menos debería dañarlo y eliminar a los infectados a su alrededor. Después, ataquen cuando se les presente la oportunidad, pero avísennos primero. No quiero que nos enreden en sus ataques. —Janus, que puede teletransportar a las personas fuera de la batalla, quédate aquí con Quintus. Él se encargará de las comunicaciones y la detección mágica, y asegurará que puedan ver todo el campo de batalla. Claudius y Faustina, vayan conmigo y los demás: busquen incapacitar y amarrar al enemigo. No participen directamente. Permítannos luchar contra él. —Cecilia, tú en esa colina, y tú, Cornelius, allá. —¿Es prudente dividirse así? —preguntó Cecilia, ajustando su arco con determinación—. Podría intentar aislarnos. —Si están juntos, puede intentar atacarlos a todos a la vez. Si se dividen, tendrá que dividir su atención. Con suerte, eso incluso podría confundirlo, —dijo Marcus—. Igualmente que Aurora y Vespera. Cuando tengan una oportunidad, háganlo. Si creen que se pondrán en peligro con sus ataques, avísenme. ¿Todo claro? Hubo asentimientos unánimes. —Bien, prepárense y pónganse en posición.

Aurora respiró profundamente el aire gélido del invierno. Esto era una locura. Toda la situación era una locura. Habría sido mejor huir y esconderse, pero maldita sea, Marcus y su talento para los discursos inspiradores. Una vez todos estuvieron de acuerdo, no había marcha atrás, sobre todo porque si ganaban, pero ella y su hermana no participaban, seguramente serían degradadas. —¿Estás lista? —preguntó Vespera. —Tan lista como puedo estar, —susurró Aurora con resignación—. Es fácil confundirme con Vespera. Somos gemelas, después de todo. Pero Vespera siempre ha sido la más valiente, o quizás la más imprudente. —Cuando estés lista, —dijo Marcus, con su voz clara a pesar de la ventisca y la distancia, gracias a la magia de Quintus—. Dispara con todo lo que tengas. Está... descansando en el centro del campamento. —No importará mucho dónde esté, —respondió Aurora—. Porque no quedará campamento cuando termine. Desde que era pequeña, Aurora había sentido fascinación por la magia de ataque. Ya fuera lanzando fuego, descargando relámpagos o produciendo vientos destructivos —si un hechizo o símbolo podía destruir cosas, ella quería aprenderlo. —Vespera, —musitó—. Juntas. —Juntas. Aurora empezó a tejer múltiples hechizos de orden duodécimo. Hechizos de fuego, viento y presión, junto con hechizos de fuerza, fragmentación y corte. Sus ojos burdeos comenzaron a brillar mientras canalizaba cada vez más su poder. Al lado suyo, Vespera desplegaba runas tras runas de potenciación. Era gracioso. Aunque eran gemelas, sus habilidades eran radicalmente diferentes. Aurora se especializaba en magia de ataque, mientras que Vespera apenas podía usarla. Pero lo que podía hacer, era mejorar las habilidades y magias de los demás. —Cuidado, —aconsejó Quintus por su magia de comunicación—. Se está moviendo. Creo que siente tu magia. —Está bien, —gruñó Aurora—. Ya casi termino. —Apreté la mandíbula, y sus ojos pasaron de burdeos a un rojo intenso, mientras la última de sus hechizos se fusionaba con las runas de Vespera. Hubo una breve pausa y luego un estruendo profundo y resonante que hizo que la nieve rodara por las colinas. Un rayo de magia brillante y cegadora chisporroteó desde sus manos y golpeó el centro del campamento. Luego, hubo luz, fuego y destrucción absoluta. La fuerza de la explosión los lanzó por

los aires, y la ventisca que los rodeaba fue desplazada por la onda expansiva. Una columna gigante de calor y resplandor se elevó, mientras la devastación en el suelo se extendía, arrasando el campamento y formando enormes nubes de vapor que se elevaban. La ladera bajo sus pies tembló y estuvo a punto de ceder, pues la onda de choque de fuego y fuerza primero incineró todo en su camino y luego convirtió el suelo en escoria fundida. Era una potencia suficiente para destruir una ciudad grande o un pueblo pequeño concentrados en un espacio mucho menor que ambos. Aurora quiso creer que eso sería suficiente para ganar la batalla, pero solo tenía que escuchar el chillido furioso y monstruoso que llenaba el aire para saber que no era así. —Maldita sea, —llegó a decir Aurora, buscando una poción para recuperar su magia. Había invertido mucho de sus poderes en ese ataque. —¿Cuánto falta para que puedas volver a atacar? —Vespera, que estaba bebiendo una poción propia, contestó—. Un momento...

—¡Vamos! —bramó Marcus mientras las llamas se apagaban. Aurora no había escatimado esfuerzos. Ese ataque habría matado a casi cualquier antiguo vampiro, pero su enemigo seguía vivo. De hecho, por los sonidos que emitía y la manera en que su enorme cuerpo se retorció, todo lo que habían logrado fue enojarlo más. —Maldita sea, —gruñó Brutus mientras corría junto a Marcus—. Pensaba que eso habría hecho más daño. La nieve volvía a caer, transformándose en lluvia al ir chocando con el calor residual de la magia. Delante de ellos, la abominación seguía retorciéndose. Grandes fragmentos de carne estaban negros y carbonizados, cayendo de su cuerpo solo para ser reemplazados casi inmediatamente. Ahora era verdaderamente monstruoso, sin nada que recordara a un ser humano. En su lugar, caminaba sobre siete patas enormes, cortas y rechonchas, con todo su cuerpo cubierto de tentáculos, garras óseas y crestas de quitina chatas y afiladas. Desde su cuerpo salían varias extensiones, cada una con hoces con púas en sus extremos. La mandíbula de Marcus se apretó. La pelea no sería fácil, y él agradeció haber dejado a Ivar y a sus otros seguidores atrás. Querían venir, pero esta batalla estaba fuera de sus posibilidades. No solo estaban en riesgo de infectarse, sino que probablemente morirían en un minuto si luchaban contra ello. —¡Divídanse! —gritó Marcus—. ¡Atáquenlo desde todas las direcciones! ¡Manténganlo distraído! Mientras los demás se dispersaban en círculos alrededor de la criatura, Marcus cargó de frente. Por encima, una flecha envuelta en magia explosiva y runas de perforación y ruptura atravesó el aire —era Cecilia. La flecha golpeó en el costado de lo que parecía su cabeza y explotó en una carnicería de metralla. Pero la criatura no cayó. En cambio, rugió, y una onda de rojo iluminó el aire cuando púas de sangre atravesaron el espacio a máxima velocidad, regresando hacia Cecilia con un estruendo ensordecedor. Marcus solo podía esperar que ella hubiera evitado el golpe o que Janus la hubiera sacado de allí a tiempo a medida que se acercaba. La bestia aulló, pisoteando la tierra fundida, y luego se volteó, lanzando un tentáculo enorme hacia él con toda la fuerza de una avalancha. Salto a un lado justo a tiempo, invocando la magia de su armadura mientras el tentáculo se movía con una velocidad imposible. Se sumergió en su propia sombra y reapareció varios metros más allá, con la voz del antiguo portador de la armadura resonando en sus oídos. —¡Hijo de monstruo! —gritó la voz—. ¡Abominación! ¡Indigna de la vida! —Cállate, —murmuró Marcus—. Estoy ocupado. Saltó con un hechizo de corte que formó un círculo alrededor de su espada y cortó uno de los miembros del monstruo. Para su sorpresa, la hoja solo penetró una pulgada o dos antes de detenerse. ¿Qué tan resistente era esa cosa? Tiró de su arma y retrocedió apresuradamente mientras otra flecha atravesaba el cuerpo de la criatura y explotaba. Bien, Cecilia aún vivía. Con la vista periférica, vio a Brutus blandir su hacha de asta en un tajo brutal en el aire, solo para ver cómo su arma se amortizaba igual que la de Marcus. —¡Esta cosa es dura! —gruñó Brutus—. ¡He cortado varias yardas de piedra sólida con golpes como esos! —Debe estar fortaleciendo su cuerpo con la sangre que ha consumido, —gritó Marcus—. Si

logramos que la golpee demasiado, se le acabará la sangre. Entonces podremos... —Julian, idiota, ¡eskábate! —En el otro lado de la criatura, Julian levantó su escudo para recibir un golpe de una de sus hoces, pero perdió el escudo, el brazo y la mitad del torso. Se volcó de espaldas, espadas de sangre cayéndole en el cuerpo mientras la bestia le daba la espalda a Marcus y se concentraba en el vampiro caído. —¡Janus! —gritó Marcus—. ¡Sácale de ahí! —Hubo un destello de magia, y Julian desapareció. Marcus apretó los dientes. Janus necesitaba poner sellos de sangre a todos para poder usar esa habilidad, y solo podía activarla una vez por cada uno al día. Es decir, aunque Julian volviera a la pelea, no tendría la oportunidad de retirarse con seguridad la próxima vez. Siguiendo la magia, la criatura se volteó y desató una ráfaga de espinas óseas hacia la colina donde estaba Janus. Hubo un crujido y un boquete por un rayo que surgió de una colina cercana e interceptó el ataque. La electricidad saltó de espina en espina, rompiéndolas, y luego los golpeó. Eso debía ser Cornelius. La magia de relámpagos era su especialidad. Por un instante, el monstruo vaciló, y otra flecha lo impactó en un costado antes de explotar. —Ese idiota, —susurró Brutus—. Nos dijo que no lo enfrentáramos en una prueba de fuerza, ¿y qué hace primero? ¡Intenta bloquear el ataque con su escudo! El monstruo se lanzó con velocidad sorprendente, y solo los rápidos reflejos de Brutus salvaron su cabeza. Como estaban, su armadura salió volando en pedazos. Gotas de sangre le llovieron, y el vampiro anciano gritó mientras la sangre atravesaba su piel y explotaba en su interior. Rodó herido, pero aún con vida, y Felix saltó, volando por el aire y clavando la lanza en la espalda de la criatura en una demostración de agilidad que Marcus no creía que pudiera igualar. —Vamos, —movió una mano Marcus—, y la sombra se formó y jaló a Brutus fuera del alcance. La arrojó hacia Faustina escondida tras un montón de piedra semi derretida que la criatura había arrojado en uno de sus ataques anteriores. Ella le empujó una poción curativa y un odre con sangre en la boca de Brutus, mientras Claudius extendía ambas manos. Se formó un hechizo de atadura, y bandas de luz brillantes atraparon las patas de la criatura, inmovilizándola. —Aurora, —gritó Marcus—, ahora sería un buen momento. —Simplemente aléjate, —respondieron—. Marcus no necesitó que le dijeran dos veces; él y Felix huyeron, y Marcus se detuvo lo justo para cargar a Brutus, que se estaba recuperando rápido, sobre su hombro, antes de que una explosión aún mayor estallara a su alrededor. La detonación los lanzó por los aires, y Marcus usó los poderes de su armadura para agarrar a Faustina y Claudius, impidiéndoles caer. Frenó justo a tiempo para ver cómo la carne del monstruo vibraba y se rompía en una gigantesca fragmentación, que voló hacia la colina donde estaban Aurora y Vespera. Todo el colinas desapareció en una llamarada de sangre corrosiva, hueso afilado y carne deformada. Es probable que las dos ancianas murieran si Janus no las hubiera sacado a tiempo, pero el monstruo ya giraba, transformando su cuerpo en una niebla sangrienta mientras la próxima flecha de Cecilia atravesaba su cuerpo y el relámpago de Cornelius parecía tener poca influencia. —¡Faustina! —gritó Marcus mientras entraba en acción—. ¡Ahora! Ella lanzó una botella hacia la nube de espejo de sangre. Un movimiento de Marcus envió un hechizo para romperla, y vapores negros llenaron el aire. Un chillido horrendo resonó, y de repente el monstruo dejó de ser una niebla sangrienta. En su lugar, volvió a su forma sólida, confundido, furioso y todavía demasiado cerca de Janus y los demás para que a Marcus le pareciera sensato. —¡Salgan de allí! —bramó Marcus—. ¡Vayan! —Lanzó su espada con toda su fuerza contra una de las patas del criatura, poniendo toda su magia en el hechizo de corte más fuerte que pudo. Finalmente, la espada empezó a cortarle, y la criatura tropezó al ver como su pata se rompía en un charco de sangre y vísceras, justo antes de desatar otra lluvia de picas ensangrentadas hacia la colina. —¡Agh! —Era Janus. Un rayo cayó acompañado de otra flecha, y el monstruo retrocedió. En la cima de la colina, Marcus vio de reojo a Aurora levantando las manos antes de que el fuego empezara a llover del cielo. Sin tiempo para preparar un hechizo más potente, el ataque fue solo una distracción, pero permitió que Vespera tomara a Janus y lo alejara del combate, con sus

piernas y uno de sus brazos reducidos a escombros. Marcus bufó. La pelea había salido de control. Detrás de él, Faustina lanzó otra botella, que se rompió contra el costado del monstruo, haciendo que la sangre flotante en el aire comenzara a temblar. Marcus aprovechó la oportunidad y tiró con todas sus fuerzas. La magia de sangre era algo en lo que era muy, muy hábil. La sangre voló, y Claudius volvió a gesticular. Se formaron más bandas de luz, pero la criatura estaba lista para ellas. Envío varias tentáculos golpeando hacia él, y tuvo que abandonar su hechizo con la desesperada esperanza de escapar, mientras Faustina y él se alejaban a toda prisa. —¡Levántate! —gritó Marcus a Brutus—. ¡Vamos, buey! ¡Levántate! —Ugh... —El otro vampiro se tambaleó—. Maldita sea, esta cosa es dura. Felix saltó otra vez, dando vueltas y lanzando su lanza a la cabeza del monstruo, solo para tener que ponerla a un lado, y volar por el aire haciendo una voltereta para no ser desgarrado en pedazos por una ráfaga de dientes y garras. —Sigue atacándolo, —bramó Marcus—. No aflojes. Pero mientras la batalla continuaba, Marcus vio con angustia que estaban perdiendo. No podían hacer suficiente daño —y sin Janus, cualquier golpe sería su última oportunidad. Aurora tampoco podía atacar libremente, pues el monstruo había percibido la amenaza que representaba, y hacía todo lo posible por impedir que llegara a ella. Peor aún, la abominación hacia Cecilia y Cornelius una lluvia infinita de fragmentos óseos y carne corrompida. Ambos tenían que mantenerse en movimiento, evitando ser superados, y eso les impedía usar sus ataques más potentes. —Marcus... —Faustina le tomó el brazo—. Estamos perdiendo. —Lo sé, —suspiró Marcus—. Pero aún tengo una última carta. No me gusta, pero... —¿Qué carta? —preguntó ella—. ¿La poción que me diste? —La poción de mejora, —asintió—. Sí, pero... —Sus ojos se abrieron—. ¿La vas a usar? —Pues, no tendremos muchas oportunidades si seguimos así. —Marcus buscó la poción—. Deséame suerte. Se la bebió de un trago, y su cuerpo quedó envuelto en una tormenta de poder. Apretó la mandíbula tanto que pensó que sus dientes se romperían, y sus músculos se tensaron hasta parecer a punto de explotar. Era demasiado poder, demasiada velocidad, todo en exceso. Por eso no todos la habían bebido antes, y Faustina consideraba la poción un fracaso. Mejoraba el cuerpo hasta un punto tal que la persona ya no podía controlarse correctamente. Toda esa fuerza, velocidad y potencia —todo eso era irrelevante si no podía usarse de manera adecuada. Salvo que alguien tuviera la magia mental adecuada y el dominio de la magia de sangre. En otras palabras, quien la bebiera necesitaba unas habilidades muy, muy específicas —una habilidad que Marcus poseía. Aunque su cuerpo amenazaba con salirse de control, colocó hechizos y runas de mejora perceptual hasta que finalmente pudo —por fin— tener un control claro de su cuerpo. Pero eso no fue suficiente. Para aprovechar al máximo la mejora, tuvo que usar su magia de sangre para manipular su propio cuerpo, pues ahora podía moverse de formas que en condiciones normales serían imposibles, incluso para él. Cuando la mejora perceptual y la magia de sangre entraron en efecto, el mundo pareció ralentizarse hasta quedar completamente inmóvil y en foco perfecto. Levantó la mano y cerró el puño. Una fuerza desconocida lo inundó por completo. Alrededor, los demás se movían en cámara lenta, y los movimientos sobrehumanos del monstruo, finalmente, no solo eran visibles, sino que también podían predecirse. Marcus tomó las dagas que había traído y las lanzó en todas direcciones. Incluso con la poción, necesitaba que funcionara. En sus manos, su espada empezó a temblar, ya que toda la energía que guardaba desde la Sexta Catástrofe se vertía en ella para hacerla lo más afilada y mortal posible. Podría durar unos quince segundos antes de que la poción se agotara o su cuerpo fallara por el esfuerzo. A la velocidad en que la consumía, esa energía duraría aproximadamente igual. Respiró hondo y se sumergió en las sombras a sus pies. Apareció frente al monstruo que alguna vez fue Aloysius y descargó toda su fuerza en su espada. La hoja atravesó la carne de la abominación, haciendo que un torrente de vísceras emergiera hacia arriba. La criatura lo alcanzó con sus múltiples extremidades retorcidas, pero él ya no estaba allí. En cambio, se

encontraba bajo la bestia, impulsado por las sombras, y volvió a lanzar su ataque con otra furia, cortando un surco en su vientre. El monstruo rugió de dolor y furia, y Marcus se sumergió otra vez en las sombras antes de reaparecer y golpear una vez más. Una y otra vez desapareció, solo para reaparecer y desatar una docena de golpes, seguido de más de cien en apenas unos segundos. Era más de lo que podía lograr sin la poción, y los insultos del anterior portador de la armadura se convirtieron en una cacofonía distorsionada, mientras cada momento se estiraba como una eternidad. Pero el monstruo empezó a entender. Picas de sangre atravesaron las sombras cuando finalmente superó los efectos de la mezcla que Faustina le había administrado. Y ahora, Marcus invocó las dagas. Era una idea sencilla, en realidad. La magia de sangre podía usarse para empujar o jalar la sangre hacia el usuario. Ese era el modo más simple y efectivo de usarla para atacar. Pero con suficiente práctica, también podía hacerse lo contrario: arrastrar o empujar al usuario hacia la sangre. Y en esas dagas estaban su propia sangre, como un ancla sólida que no podía pedir más. La magia de sangre de Marcus cobró vida, jalándolo fuera de la trayectoria de ataque tras ataque, mientras continuaba su asalto frenético contra la horrorífica criatura. Una y otra vez la golpeó, pero no lograba derribarla; su imponente forma se arrojaba hacia él a una velocidad imposible, y la avalancha de hueso, sangre y carne amenazaba con cortarle todas las salidas de huida. Bien. Si no podía esquivarla, entonces haría lo mejor que pudiera. Tomaría los golpes que no fueran mortales y trataría de devolver más daño. Perdió su brazo izquierdo, pues la armadura no era lo suficientemente resistente para aguantar un golpe total del monstruo en combate cercano. Sin embargo, ignoró el dolor y descargó su espada sobre la tentáculo más cercano —y no volvió a crecer. Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Habían llegado finalmente a sus límites de regeneración? La poción se había agotado. El tiempo volvió a la normalidad, y una debilidad le invadió las extremidades. —¡Marcus! —tacó para retroceder, manchado en sangre, con un hombro herido. Su mente se encontraba embotada, y la voz de Faustina parecía lejana. La magia de Claudius vibró a su alrededor, formando cadenas mágicas que atraparon al monstruo. Éste luchó, pero ya no podía escapar con tanta facilidad. Un dardo explotó en su costado, y sobre ellos, la tormenta de nieve se apartó ante una lluvia de relámpagos colosales que cayeron sobre la bestia inmóvil. —Sigue golpeándolo, —susurró Marcus, apretando el agarre de su espada—. No te detengas. Una montaña de llamas envolvió a la criatura, haciendo que cayera de espaldas, rodando a través de charcos de nieve fundida y tierra quemada. Se levantó, tambaleándose, y avanzó tambaleándose, con su cuerpo cubierto de heridas y tentáculos, con una ferocidad que parecía imparable. La criatura intentaba huir, escapando antes de que los demás pudieran retomar su ataque. Brutus intentó detenerla, pero fue lanzado por un movimiento de un enorme y punzante miembro. Felix logró clavarse en su garganta, pero sus dientes desgarraron la lanza y tuvieron que soltarla. Un golpe de uno de los tentáculos lo volteó y lo separó en dos, desgarrado en su mitad inferior. —¡Ve a ellos! —gritó Marcus, apenas consciente de lo que decía, arrastrándose adelante. Quintus estaba allí, por fin entrando en combate en un intento desesperado de detener a la criatura y que no escapara. Su gafas se rompieron con un golpe, dejándolo caer, pero había retrasado lo suficiente a Aloysius para que los tres atacantes a distancia de su grupo lanzaran sus ataques. La abominación tropezó y cayó torpemente de lado, sus patas rasguñando la tierra en un intento de seguir en movimiento. Claudius sangraba por los ojos y la boca, usando otro hechizo de atadura, atrayendo al monstruo hacia abajo, mientras Marcus seguía tambaleándose hacia adelante. La carne del horror se desprendía en pedazos, y ya no podía regenerarse. Delante suyo, apenas visible a través de su costado torcido, estaba su corazón. Marcus vaciló, levantando la espada — y fue penetrado en el estómago y en el pecho. Escupió sangre. Había logrado esquivar lo suficiente para mantener su corazón intacto. La espada tembló en su mano mientras convocaba sus últimos fragmentos de poder y formaba un rune de muerte verdadera alrededor de ella y — De

repente, se encontraba en un lugar de niebla y silencio. ¿Qué... qué estaba pasando? ¿Estaba... estaba muerto? Y entonces, desde la profundidad de la niebla, surgió su oponente. Sus muchas bocas aullaron y bramaron, pero ningún sonido llegó a él. Sus ojos se agrandaron. Esto... esto debía ser un ataque astral. Debía haberse dado cuenta de que iba a matarlo y lanzó un último, instintivo ataque astral. Marcus se preparó para enfrentarse a la criatura, pero otra figura emergió de la niebla. Era él — pero no era él. No. Era el parásito dentro de él. Se volvió hacia él y sonrió antes de lanzarse contra la criatura. Aquí, el tamaño importaba poco, y la abominación se detuvo en seco. Su parásito le echó un vistazo y le habló. Aunque no pudiera escuchar las palabras, Marcus podía leer sus labios. Ve. Termina esto. Nos vemos después. Y entonces — Y entonces estaba de regreso en la nieve, atravesado por las garras del horror. Levantó su brazo, el rune de muerte verdadera se completó alrededor de su espada, y la clavó con toda su fuerza. La hoja atravesó la carne de la abominación, haciendo que una oleada de vísceras saliera disparada hacia arriba. La criatura lo alcanzó con sus múltiples extremidades retorcidas, pero él ya no estaba allí. En cambio, estaba bajo la criatura, impulsado por las sombras, y volvió a lanzar su ataque, cortando un surco en su vientre. La bestia rugió de dolor y furia, y Marcus se hundió en las sombras antes de reaparecer y golpear una vez más. Una y otra vez desapareció en las sombras, solo para reaparecer y lanzar una docena de golpes, y más de cien en solo unos segundos. Era más de lo que podría haber logrado sin la poción, y los insultos del anterior portador de la armadura se convirtieron en una cacofonía distorsionada, mientras el tiempo parecía alargarse sin fin, cada momento una eternidad. Pero el monstruo empezó a entender. Picas de sangre atravesaron las sombras cuando finalmente superó los efectos de la mezcla que Faustina le había inyectado. Y ahora, Marcus invocó las dagas. Era una idea sencilla, en realidad. La magia de sangre podía usarse para empujar o jalar sangre hacia el usuario. Esa era la forma más simple y efectiva de usarla para atacar. Pero, con la práctica suficiente, también podía hacerse lo contrario: arrastrar o empujar al usuario hacia la sangre. Y en esas dagas, Marcus tenía su propia sangre, como un ancla sólida que no podía pedir más. Su magia de sangre cobró vida, jalándolo fuera de las ráfagas de ataque a medida que avanzaba su frenética ofensiva contra la horrorífica criatura. Una y otra vez la golpeó, pero no lograba derribarla; su forma imponente avanzaba a una velocidad imposible, y la avalancha de hueso, sangre y carne amenazaba con cercenar todas sus salidas de escape. Bien. Si no podía esquivarla, entonces aceptaría los golpes que no fueran mortales y trataría de devolver más daño en respuesta. Perdió su brazo izquierdo, pues la armadura no era lo suficientemente resistente para soportar un golpe completo del monstruo a corta distancia. Sin embargo, ignoró el dolor y descargó su espada en el tentáculo más cercano —y no volvió a crecer. Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Habían llegado, finalmente, a los límites de su regeneración? La poción se había agotado. El tiempo volvió a la normalidad, y una debilidad le invadió las extremidades. —¡Marcus! —retrocedió, con sangre saliendo de un hombro. Su mente permanecía embotada, y la voz de Faustina parecía lejana. La magia de Claudius vibró a su alrededor, formando cadenas mágicas que atraparon al monstruo. Éste luchó, pero ya no podía escapar con tanta facilidad. Un dardo explotó en su costado, y sobre ellos, la tormenta de nieve se apartó ante una lluvia de relámpagos colosales que cayeron sobre la bestia inmóvil. —Sigue golpeándolo, —balbuceó Marcus—. No te detengas. Otra montaña de llamas envolvió a la criatura, lanzándola a dar vueltas, rodando a través de charcos de nieve derretida y tierra quemada. Se levantó, tambaleándose, y retrocedió, a punto de huir, mientras Marcus continuaba su avance, a duras penas consciente de lo que hacía. La criatura intentaba escapar, queriendo huir antes de que los demás pudieran retomar el combate. Brutus intentó detenerla, pero fue lanzado por un miembro enorme y punzante. Felix logró clavarse en su garganta, pero sus dientes rasgaron la lanza y tuvieron que soltarla. Un golpe de tentáculo lo volteó y lo dividió en dos, rasgado en la mitad inferior. —¡Ve a ellos! —gritó Marcus,

casi sin conciencia, arrastrándose adelante. Quintus estaba allí, por fin entrando en combate en un intento desesperado por detener al enemigo y evitar que escapara. Sus gafas se rompieron con un golpe, pero había retrasado a Aloysius lo suficiente para que los tres atacantes a distancia lanzaran sus ataques. La abominación tropezó y cayó de lado, sus múltiples patas rasguñando tierra en un intento de seguir moviéndose. Claudius sangraba por los ojos y la boca, usando otro hechizo de atadura, haciendo que el monstruo volviera a bajar, mientras Marcus seguía arrastrándose. Pedazos de carne del horror se desprendían, y ya no podía regenerarse. Delante de él, casi a través de su tórax retorcido, se hallaba su corazón. Marcus avanzó, con la espada en alto — y fue atravesado en el estómago y el pecho. Escupió sangre. Había evitado a duras penas que su corazón fuera destruido. La espada tembló en su mano mientras invocaba las últimas reservas de poder, formando una runa de muerte en su alrededor y — De repente, se encontró en un lugar de niebla y silencio. ¿Qué... qué estaba pasando? ¿Estaba... muerto? Y entonces, desde las profundidades de la niebla, surgió su enemigo. Sus muchas bocas aullaron y bramaron, pero ningún sonido le llegó. Sus ojos se agrandaron. Esto... esto debía ser un ataque astral. Debía haberse dado cuenta de que lo estaba a punto de matar, y lanzó un último, instintivo ataque astral. Marcus se preparó para enfrentarse a la criatura, pero otra figura emergió de la niebla. Era él — pero no era él. No. Era el parásito en su interior. Se volvió hacia él y sonrió antes de lanzarse contra la criatura. Aquí, el tamaño importaba poco, y la abominación se detuvo en seco. Su parásito le echó un vistazo y le habló. Aunque no pudiera escuchar las palabras, Marcus podía leer sus labios. Ve. Termina esto. Nos vemos después. Y entonces — Y entonces estaba de nuevo en la nieve, atravesado por las garras del horror. Levantó su brazo, el rune de muerte verdadera circundando su espada, y la clavó con toda su fuerza. La hoja atravesó la carne de la abominación, haciendo que un torrente de vísceras emergiera en una lluvia. La criatura lo alcanzó con sus múltiples extremidades retorcidas, pero él ya no estaba allí. En su lugar, bajo la criatura, impulsado por las sombras, y volvió a atacar, cortando un surco en su vientre. La bestia rugió de dolor y furia, y Marcus se sumergió en las sombras para reaparecer y golpear otra vez. Una y otra vez desapareció en la oscuridad, solo para reaparecer, lanzando una docena de golpes, y más de cien en segundos. Era más de lo que podía hacer sin la poción, y los insultos del antiguo portador de la armadura se convirtieron en una distorsión ensordecedora, mientras el tiempo parecía alargarse como una eternidad. Pero el monstruo empezó a entender. Espinas de sangre atravesaron las sombras cuando finalmente superó los efectos de la mezcla que Faustina le había administrado antes. Y ahora, Marcus invocó las dagas. Era una idea sencilla, en realidad. La magia de sangre podía usarse para empujar o jalar la sangre hacia el usuario. Esa era la forma más simple y efectiva de atacar usando sangre. Pero, con la práctica, también podía hacerse lo contrario: empujar o jalar al usuario hacia la sangre. Y en esas dagas estaba la propia sangre de Marcus, como un ancla sólida que no podía pedir más. Su magia de sangre cobró vida, jalándolo fuera de la trayectoria de ataque, mientras seguía su frenético asalto contra el horror. Una y otra vez golpeó, pero no lograba derribarla — su forma monstruosa avanzaba a velocidades imposibles, y la avalancha de hueso, sangre y carne amenazaba con cercenar todas sus rutas de escape. Bien. Si no podía esquivar, entonces aceptaría los golpes que no fueran mortales y trataría de hacer más daño en retorno. Perdió su brazo izquierdo, pues la armadura no resistió un golpe directo del monstruo en combate cercano. Sin embargo, ignoró el dolor y descargó su espada en el tentáculo más cercano — y no volvió a crecer. Sus ojos se abrieron en shock. ¿Habían llegado, finalmente, a los límites de su regeneración? La poción se había agotado. El tiempo volvió a la normalidad, y una debilidad lo invadió. —¡Marcus! —Se tambaleó hacia atrás, con sangre saliendo de su hombro. La mente le fallaba, y la voz de Faustina parecía lejana. La magia de Claudius se activó a su alrededor, formando cadenas que atraparon al monstruo. Este luchó, pero ya no podía liberarse

con tanta facilidad. Un dardo explotó en su costado, y una lluvia de relámpagos gigantesca cayó sobre la bestia inmovilizada. —¡Sigue golpeándolo! —balbuceó Marcus—. No pares. Otra llamarada inmensa envuelto a la criatura, lanzándola a girar y rodar por el suelo, a través de charcos de nieve derretida y tierra quemada. Se levantó, tambaleándose, intentando huir, mientras Marcus avanzaba con esfuerzo, casi sin fuerzas. La criatura intentaba escapar, tratando de alejarse antes de que los demás pudieran reanudar su ataque. Brutus intentó detenerla, pero fue atrapado por un movimiento de su tentáculo afilado. Felix logró clavarse en su garganta, pero la bestia lo desgarró y lo lanzó de espaldas, dividido en dos. —¡Ve a ellos! —gritó Marcus, apenas consciente, avanzando a rastras. Quintus estaba allí, luchando por detenerlo con magia. Su gafas se rompieron con un golpe, pero logró retrasar lo suficiente al monstruo para que los tres atacantes a distancia tuvieran oportunidad de lanzar sus ataques. La abominación tropezó y cayó de lado, sus patas luchando por sujetarse al suelo. Claudius sangraba por los ojos y la boca, con un hechizo de atadura que lo dominaba, atrapado y arrastrándolo hacia abajo, mientras Marcus, casi sin fuerzas, avanzaba tambaleándose. Pedazos de carne del horror se desprendían constantemente, y ya no podía regenerarse. Frente a él, apenas visible a través de su tórax retorcido, latía su corazón. Marcus avanzó, con la espada en alto — y fue atravesado en el estómago y el pecho. Escupió sangre. Había esquivado lo suficiente para que su corazón permaneciera intacto. La espada vibraba en su mano, canalizando sus últimas reservas de poder, formando una runa de verdadera muerte y — De repente, se vio en un lugar de niebla y silencio. ¿Qué... qué estaba pasando? ¿Había muerto? Y desde las profundidades de la niebla, emergió su enemigo. Sus muchas bocas rugieron y bramaron, pero ningún sonido le llegó. Sus ojos se agrandaron. Esto... esto era un ataque astral. Debió haberse dado cuenta de que estaba a punto de matarlo, y lanzó un último ataque astral de instinto. Marcus se preparó para el enfrentamiento, pero una figura salió de la niebla. Era él — pero no era él. No. Era el parásito dentro de él. Se volvió hacia él y sonrió, lanzándose contra la criatura. Aquí, el tamaño importaba poco, y la abominación se detuvo en seco. El parásito lo miró y le habló. Aunque no podía escuchar las palabras, Marcus podía leer sus labios. Ve. Termina esto. Nos vemos después. Y entonces — Y entonces, estaba de vuelta en la nieve, atravesado por las garras del horror. Levantó su brazo, el rune de muerte verdadera rodeando su espada, y la clavó con toda su fuerza. La hoja atravesó el corazón de la abominación, haciendo que una marea de vísceras saliera disparada hacia arriba. La criatura lo alcanzó con sus múltiples extremidades retorcidas, pero él ya no estaba allí. En su lugar, bajo la criatura, impulsado por las sombras, volvió a atacar, cortando un surco en su vientre. La bestia rugió con furia y dolor, y Marcus se hundió en las sombras antes de reaparecer dispuesto a golpear otra vez. Una y otra vez desapareció en la penumbra, solo para reaparecer y lanzar una docena de golpes, acumulando en segundos más de lo que había logrado en toda una vida. Era más que capaz de hacerlo sin la poción, y los insultos del antiguo portador de la armadura se convirtieron en una cacofonía distorsionada, mientras el tiempo parecía detenerse: cada instante se volvía una eternidad. Pero el monstruo empezó a comprender. Espinas de sangre penetraban en las sombras, superando los efectos de la mezcla que Faustina le había puesto. Y ahora, Marcus invocaba las dagas. Era una idea sencilla, en realidad. La magia de sangre podía usarse para empujar o atraer sangre hacia el usuario. Era la forma más simple y efectiva de atacar con sangre. Pero, con práctica, también podía hacerse lo contrario: atraer o empujar al usuario hacia la sangre. Y esas dagas estaban empapadas con la sangre de Marcus, como un ancla sólida. La magia de sangre cobró vida, jalándolo fuera de las ráfagas de ataque, mientras continuaba su frenesí. Una y otra vez, lo golpeaba, pero no lograba derrotarla; su forma monstruosa avanzaba a velocidades imposibles, y la avalancha de hueso, sangre y carne amenazaba con cercenar toda salida. Bien. Si no podía esquivar, entonces aceptaría los golpes menores y devolvería más daño. Perdió su brazo izquierdo,

pues la armadura no resistió un golpe directo, pero ignoró el dolor y lanzó su espada en un tentáculo cercano — y no volvió a crecer. Sus ojos se abrieron en asombro: ¿habían llegado ya a los límites de su regeneración? La poción se había agotado. La realidad volvió a la normalidad, y una debilidad le invadió. —¡Marcus! —retrocedió, con sangre saliendo de un hombro. Su mente se nublaba, y la voz de Faustina parecía lejana. La magia de Claudius vibró a su alrededor, formando cadenas mágicas que atraparon al monstruo. La criatura luchó, pero ya no podía escapar con facilidad. Un rayo cayó y explotó en su costado, mientras relámpagos monumentalmente brillantes caían sobre el monstruo paralizado. —¡Sigue golpeándolo! —balbuceó Marcus. —Otra explosión de fuego envolvió a la criatura, lanzándola a dar vueltas y rodar por el suelo, a través de charcos de nieve fundida y tierra quemada. El monstruo trataba de huir, pero Brutus fue arrojado por un tentáculo punzante. Felix logró atraparlo en su lanza, pero la criatura mordiéndolo con furia, lo obligó a soltarla. Un golpe atravesó su cuerpo y lo lanzó de espaldas, dividido en dos. —¡Vete a ayudar a los demás! —gritó Marcus, mientras avanzaba a tientas. Quintus seguía allí, luchando con magia. La pelea aún no terminaba. Las heridas del monstruo parecían dejarlo exhausto, y su forma grotesca parecía estar a punto de colapsar. Pero de repente, uno de sus corazones pulsaba en su interior. Marcus vaciló, levantando la espada en alto — y en ese momento, empezó a sentir una presencia extraña, una sensación de silencio absoluto. ¿Qué... qué estaba ocurriendo? ¿Estaba muerto? Desde la niebla, se le apareció un ser. Era él — pero no era él. Era el parásito en su interior, que se volvió, le sonrió, y lanzó un ataque contra la criatura. Aquí, el tamaño no importaba. La abominación se detuvo, sorprendida. El parásito lanzó una mirada hacia Marcus, y le habló, aunque él no podía oírlo: *Ve. Termina esto. Nos vemos luego.* Y en ese instante, Marcus volvió a estar en la nieve, atravesado por las garras del horror. Levantó su brazo, el rune de muerte en su espada, y la atravesó con toda su fuerza. La hoja atravesó el corazón de la abominación, haciéndola explotar en un torrente de vísceras y sangre. La criatura lo alcanzó con sus tentáculos, pero él ya no estaba allí. En su lugar, se encontraba debajo de ella, impulsado por las sombras, y volvió a atacar, cortando un surco en su vientre. La bestia rugió en furia y dolor, y Marcus se escondió en las sombras, solo para reaparecer y golpear una vez más. Una y otra vez, desapareció y reapareció, lanzando golpes en una espiral vertiginosa. Era más de lo que podía lograr sin la poción, y los insultos del anterior portador de la armadura resonaron en su cabeza como una cacofonía distorsionada, mientras el tiempo se estiraba hasta parecer una eternidad. Pero el monstruo empezó a advertirlo. Picas de sangre atravesaron sus sombras cuando el efecto de la mezcla del hechizo de Faustina empezó a ceder. Y entonces, Marcus invocó las dagas. Era una idea simple: la magia de sangre podía usarse para empujar o atraer sangre — y esa misma sangre, que tenía en sus manos, actuaba como ancla. La magia de sangre se activó, jalándolo para evitar más ataques mientras él continuaba su frenético asalto. Lo golpeaba una y otra vez, pero no lograba derribarla. La forma monstruosa de la criatura avanzaba a una velocidad imposible, y sus pedazos de hueso, carne y sangre amenazaban con cercenar todas sus salidas. Bien. Si no podía esquivar su ataque, entonces recibiría los golpes menores y devolvería más daño. Perdió su brazo izquierdo, la armadura no resistió un golpe a esa distancia. Pero ignoró el dolor y hundió su espada en un tentáculo cercano — y no creció más. Sus ojos se abrieron en sorpresa. ¿Habían llegado ya a sus límites? La poción se había acabado. El mundo volvió con toda su crudeza, y su cuerpo se tambaleó, débil. —¡Marcus! —retrocedió, con sangre corriendo por su hombro. La niebla de sus pensamientos era espesa, y la voz de Faustina parecía lejana. La magia de Claudius envuelta a su alrededor, formando cadenas mágicas, atraparon al monstruo. Éste luchó, pero ya no podía escapar. Un rayo le atravesó, y relámpagos caían sobre la criatura insolente. —¡Sigue golpeándolo! —susurró Marcus, mientras apretaba su espada. La bestia quedó envuelta en llamas, y fue lanzada a dar vueltas por toda la tierra quemada. Se levantó, tambaleándose, con heridas, tentáculos y una

resistencia feroz. La criatura intentó huir, y Brutus trató de detenerla, pero fue arrojado por un tentáculo grande y punzante. Felix logró atravesarle la garganta, pero la bestia, en su loca furia, lo lanzó de espaldas. Marcus, sin fuerzas, avanzaba a tientas. Quiso ayudar a los demás, pero la bestia empezó a atacarlos sin descanso. Era imposible esquivarla, y el combate se tornaba cruel y frenético. Marcus sintió que su cuerpo no soportaría más, pero algo en él le empujó a seguir. Solo le quedaba una esperanza: la última poción que Faustina le había dado. La bebió con desesperación, y en segundos, toda su percepción se aceleró hasta límites insospechados. La velocidad y fuerza que adquirió lograron hacer que el tiempo pareciera detenerse. En el campo de batalla, veía todo claramente, incluso los movimientos más veloces del monstruo, y podía anticiparse a ellos. La hoja de sus dagas empezó a temblar en sus manos, y la espada en su cintura brilló con toda su intensidad. Solo podía durar quince segundos en ese estado. La energía que contenía su espada se agotaría con ese tiempo, y quizás él también fallaría. Pero debía aprovechar ese momento al máximo. Se lanzó hacia la criatura, sumergido en las sombras. Con un esfuerzo supremo, descargó su golpe más potente, atravesando la carne de la abominación, haciendo estallar una marea de vísceras. La bestia lo alcanzó con sus tentáculos, pero él ya no estaba allí, impulsado por las sombras. Cortó en su vientre, dejando un surco ensangrentado, y en ese instante, la runa de muerte verdadera en su espada hizo efecto. La carne de la abominación se abrió y empezó a desmoronarse en una nube de sangre, hueso y carne. La criatura rugió, y Marcus continuó su ataque implacable, desapareciendo y reapareciendo en una sinfonía de golpes. La fuerza de la poción le dio una ventaja que, en absoluto, podía lograr sin ella. El tiempo y la eternidad se fundieron en un fragmento de realidad, en una desesperada lucha contra la criatura, que no cedía. Pero Marcus sabía que la ...